

Es propiedad. Derechos reservados para la presente traducción. Inscripción N° 19151. (C) by Editorial Del Pacifico, S. A., Ahumada 57, Casilla 3126, Santiago de Chile, 1958.

Impreso y hecho en Chile. Printed and made in Chile. Editorial Del Pacifico, S.A. Impresores.

259

51060

Paul Treutler

TRE

an

C-2

ANDANZAS DE UN ALEMAN EN CHILE

1851 - 1863 //

Traducción de
CARLOS KELLER R.



Biblioteca Pública
Santiago Severin
Valparaiso



EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.

Santiago de Chile

14.10.48 Depósito legal 150.

13 MAR 1958
Depósito legal

calles del puerto como en los cafés, se escuchaba mucho la lengua alemana.

En marzo de ese año 1855, llegó a Valparaíso una compañía francesa de óperas y ballets, consistente de unas cincuenta personas, que fue acogida con gran interés y dio funciones a precios aumentados y sala llena. Pero, por desgracia, Valparaíso pudo disfrutar de este espectáculo sólo durante un corto tiempo. Las jóvenes y graciosas bailarinas gustaron tanto, que sus adoradores les ofrecieron pronto millares de pesos si abandonaban el teatro. No pudieron resistir estas ofertas, y tres ricos dueños de minas se llevaron sendas hijas de Terpsícore en triunfo a Copiapó. Deslumbradas por las brillantes condiciones en que vivían las ex bailarinas, varias otras damas de la compañía tampoco pudieron resistir a la seducción, y así la ópera y el ballet se disolvieron pronto por completo, lo que lamentó todo Valparaíso.

Capítulo XXX

DÍAS ACIAGOS EN VALPARAÍSO

Una noche de otoño muy tempestuosa y oscura, fui despertado de súbito por un insistente y estrepitoso golpeteo y pronto comprendí que se trataba de un copioso aguacero. Era un auténtico diluvio que cesó sólo al rayar el día. El agua se había escurrido con rapidez, acarreando en varias calles tales cantidades de arena y piedras desde los cerros que, en algunas partes, las comunicaciones se encontraban totalmente interrumpidas. Pero, si la lluvia había cesado, el viento Norte se transformó pronto en un temporal, muy peligroso en esta bahía, que se encuentra completamente abierta hacia ese punto. Casi todos los buques trataron de asegurarse largando anclas auxiliares y, haciendo enormes esfuerzos, los fleteros procuraban alcanzar la playa con sus lanchas y botes cargados de mercaderías.

El temporal arreció progresivamente, aumentó el oleaje y cayeron enormes aguaceros, ofreciéndose un espectáculo por cierto muy interesante, pero, al mismo tiempo, terrible. Casi todos los buques surtos en la bahía eran sacudidos violentamente por las olas y arrojados unos contra otros. El bauprés de algunos se enredaba en los cables de sus vecinos y en los encontronazos se quebraban mástiles y vergas, se destruían las barandas y destrozaban las velas o eran arrojados los barriles u otros objetos por sobre la borda, mientras un gran número de lanchas y botes zozobraba. Para completar los destrozos y aumentar la desgracia, muchos buques cortaron sus cadenas y, sin que nadie pudiera detenerlos, fueron arrastrados a la orilla, sobre todo hacia las temidas rocas del Cabo de Hornos, situadas frente a mis ventanas.

Era, por cierto, un espectáculo excitante el de los buques que, a pesar de los esfuerzos casi sobrehumanos de sus tripulantes para darles otro rumbo, se acercaban cada vez más a la playa y, al mismo tiempo, conmovía ver en sus cubiertas a mujeres y niños que tendían sus brazos desesperadamente, implorando un auxilio que ni el más valiente hubiera podido prestarles.

La mayor parte de la población de Valparaíso se encontraba en los cerros vecinos, para observar desde ellos el terrible espectáculo, la lucha de los hombres con los elementos desencadenados. Pero miles se encontraban también en la playa, para prestar alguna ayuda, si fuera posible, y con peligro de sus vidas, en botes o a nado, se aventuraban a cada momento algunos hombres por las encumbradas olas. Se les aplaudía frenéticamente desde la playa y los cerros, cuando lograban arrebatarse una víctima al mar, pero, desgraciadamente, algunos de estos bravos tuvieron que pagar también su valentía con la vida. Por fortuna, el temporal amainó poco a poco y se restableció la calma durante la noche.

La mañana siguiente ofreció un espectáculo de la mayor devastación. Siete buques se encontraban destrozados en la playa, más de cincuenta habían recibido daños mayores o menores, numerosos tripulantes estaban muertos, muchas mercaderías perdidas, había casas dañadas por el agua y bodegas

inundadas, la playa se veía cubierta de escombros de toda índole y, en toda su extensión, se extraían cadáveres del mar. Pero ocurrieron también curiosos actos de salvamento: buques que se creían irremediamente perdidos, resistieron, e igualmente inesperada fue la salvación de mucha gente. En la noche que siguió se efectuaron los funerales de las desgraciadas víctimas, a las que acompañó un largo cortejo al cementerio, con participación de todas las autoridades y de delegaciones de los buques.

* * *

Algunos días después de este temporal ocurrió en Valparaíso una desgracia de otra índole, que llenó a todos de espanto y terror. El cementerio católico se encontraba, como ya se informó, sobre la cumbre del cerro del Panteón, a algunos centenares de pies sobre la ciudad. El terreno en esa parte fue tan ablandado por los formidables aguaceros, que un sector que comprendía más de cincuenta tumbas, en gran parte recientes, se deslizó y cayó sobre las casas de la calle Elías, situadas 150 pies más abajo. Cuando escuché el ruido del derrumbe, que parecía un trueno, me dirigí de inmediato al lugar del accidente. ¡Qué espectáculo más terrible! Varias casas se encontraban totalmente destrozadas, otras, enterradas, y sólo se debió a los esfuerzos casi sobrehumanos de los bomberos que muchos moradores de las viviendas sepultadas por los escombros fueran salvados, aunque la mayoría fueron extraídos muertos o gravemente heridos. Pero lo que producía la impresión más terrible, eran los numerosos ataúdes despedazados y los cadáveres en putrefacción, que se encontraban diseminados y difundían un espantoso olor.

De la misma manera se desprendió al día siguiente una parte del cerro de La Cordillera, también ablandado por los aguaceros, y que cayó con enorme estruendo en la calle de La Planchada. Afortunadamente, sólo se encontraban allí algunos patios y pequeñas casas interiores, que fueron también enterradas.

El ruido formidable producido por este derrumbe, con sus

masas de tierra y piedras, hizo acudir a muchos curiosos, yo entre ellos, por lo que pude ser testigo de un drama terrible e inolvidable.

En esta catástrofe no habían ocurrido pérdidas de vidas humanas, ni había enterrados o heridos, pero unas treinta personas se encontraban en una situación tan espantosa, que podían esperar la muerte.

En efecto, sobre el terreno que se había deslizado se hallaba un gran edificio de madera, de dos pisos, cuyos cimientos habían quedado al aire, de modo que se veían algunas gruesas vigas afirmadas perpendicularmente en el cerro, a 300 pies sobre la calle. Ese era el último apoyo de la casa y podía temerse que cediera y se precipitara en cualquier momento al abismo. Hombres, mujeres y niños nos extendían en la mayor desesperación y angustia sus brazos desde las ventanas de la casa implorando auxilio, pero los valientes bomberos y muchos intrépidos vecinos no habían logrado todavía establecer una comunicación con la casa aislada. Entretanto, se desprendía piedra tras piedra, crujían las vigas, y cada vez que caía algo, se escuchaba un grito de espanto de los desgraciados, que creían que había sonado la hora de su muerte, y a ese grito hacían eco los millares de espectadores aglomerados en la calle. Reconozco que transpiraba intensamente de miedo y fui testigo durante casi media hora de esa terrible escena, en cuyo lapso los desgraciados habitantes de la casa ya habían cerrado sus cuentas con la vida.

Repentinamente, se escuchó un nuevo estruendo, se precipitaron grandes masas de tierra y piedra, se quebraron vigas y se escuchó un angustioso grito, lanzado por toda la concurrencia, pues la casa se movió e inclinó. Afortunadamente, sin embargo, fue sostenida aún por algunas vigas y quedó inclinada.

Poco después se vio que dos valientes bomberos, arriesgando su vida, habían construido rápidamente un sendero y trepado hasta la casa, lo que aplaudieron con entusiasmo los millares de espectadores. Con la ayuda de sus camaradas, los bomberos sacaron a las mujeres sin conocimiento, a los niños y demás moradores de la casa a terreno firme, y mientras lo hacían, no terminaban las aclamaciones del gentío.